

Suplemento extra-
ordinario dedi-
cado al día de
REYES.



LUCHA

Diario de Teruel al servicio de España

Año II, — Número 30

Teruel miércoles 6 de Enero de 1937

Precio 15 céntimo s

¡Qué sólo el desierto en la noche clara...!

Las palmeras del oasis extienden su verde abanico de hojas, y son ellas las que lanzan a la inmensidad de las rojas arenas la brisa cálida. Sombras ondulantes de dunas movibles y azul eterno de noches cuajadas de miradas temblorosas... Y una caravana que se mueve y llega a pararse en el oasis y una estrella de una luz blanca e irreal que dulcifica la visión y eleva el espíritu, volviéndolo a las horas alegres de la infancia...

¡Qué noche, aquella noche...! Color de oro las arenas quejumbrosas a los pasos solitarios de las caravanas. Sabor de mirra en las aguas claras del pozo rodeado de palmeras. Y un suave olor de incienso en la brisa silenciosa del abanico de las palmeras... ¡Qué noche aquella noche...!

Caminar soñoliento de los camellos de una caravana sobre los montes arenosos de las dunas. ¡Y qué cargamento conducen! Lágrimas hechas piedra-brillantes. Gotas de sangre luminosas en la dureza del cristal-rubíes. Gotas de agua marina solidificadas-esmeraldas... Y oro mucho oro... ¡Qué presente para reyes fabulosos...! Y todo cabe en el caminar soñoliento de los camellos de una caravana...

Y un hombre negro es el dueño de aquellos tesoros... Tiene los labios gruesos y una expresión de felicidad ansiosa en ojos brillantes. Y unas palabras cansadas y lentas se deslizan bajo la eternidad azul del firmamento...

—Ya hemos llegado. El lucero que me guió ha datenido su constante caminar... ¿Acaso sabrá alguien en el mundo a donde me conduce...? Más no importa. Mi corazón cansado de placere, adora su luz irreal... Y si aquí me ha conducido desde mi lejano reino es que entre el murmurar de las palmeras esté escondida la fuente de mi vida...

Y se da cuenta de que el sitio es solitario y sebrío, duro. Y piensa alegremente que a su corazón que ansió la riqueza y los festines de la vida le vendrá bien aquella soledad inmensa y aquella paz solitaria del desierto...

Y sonrío dulcemente...

Más apenas ha tenido tiempo de

Y llegaron de tierras lejanas...

Mas un lucero les guiaba

descargar sus camellos cuando he aquí que ante el claro horizonte la silueta de un hombre solitario grita en su oscuridad. También lo guía un lucero... Un lucero que camina en el cielo profundo, para unirse con el primero en la frescura del oasis...

Y Baltasar sale a recibirlo...

—De donde vienes, hermano caminante...

—Vengo de lejos, de tierras en que los árboles llegan a las nubes y las quebradas montañas se pierden en las alturas. Mas eran aquellas tierras fecundas y en ellas reina la nieve es compañera de los solitarios y largos años fué mi compañera...

—Tan sólo en la noche de este desierto... ¡Qué luz en tu rostro adelgazado de vigiliass...! Pareces feliz en tu miseria de soledades...

—Largos años me pasé sólo entre las nieves. Ya se al lenguaje de los árboles que entretenían mis silencios con su murmurar... Quise sober el por qué del vivir dei pájaro, el pensar del hombre y el perfume de la flor... Y he adelgazado en las hondas meditaciones de lo imposible a nuestro pensar... Pero la esperanza aun tenía un suave rincón en mis entrañas... Y sentí que de ella nacía una luz, que se quedó en el cielo gris de la montaña y me guió hasta aquí...

No se nada más... Más mis entrañas no sienten dolor y el consancio de mi pensamiento desaparece... Y es dulce caminar bajo esta blanca luz...

—Dichosos somos hermano. Yo sentí consancio de riqueza y dolor de mi vida llena de placeres. Y sentí el deseo de cambiar porque la vida creí que debía ser otra cosa más dulce y más callaJa y más íntima. Y de mis deseos nació esta luz que hasta aquí me ha guiado... Descansemos, hermano. Tengo riquezas que te harán más fácil tu solitario caminar y que mi corazón te las ofrece...

—Nada quiero. Cuando salí de mi lejano país, tan sólo sentí el deseo de traer esta planta oloroso que me hablaba con su olor del río de mi Patria. Doloroso sería para mí

el perderla Y grande sacrificio el dársela a otro... Pero he visto que caminamos bajo la misma luz y también es tuya...

Y se inclinan los dos en la frescura de las palmeras que agitan su abanico de hojas. Y el silencio se ha hecho profundo en las arenas.

Ya han pasado las doce sobre el dulce refrescar de la noche...

Y nuevamente la sombra azulada de una persona recorre las dunas movibles y el resplandor de un lucero recorre los azules caminos del cielo...

Y hasta el oasis llega la sombra y el resplandor blanquecino, y en el oasis se detiene...

—Que el destino te sea favorable—saludan desde el oasis dos voces luminosas de profecía. ¿De dónde llega tu anhelante mirar?

—Lejanas tierras pobladas de multitudes y surcada de numerosos ríos, han sentido la huella de mis pies...

—¿También tu te sentiste hastiado de los placeres o esperanzado por encontrar lo imposible del enigma de la vida...?

—Yo siempre he sentido la llamada de las estrellas en mi corazón. No es la vida y su enigma lo que me atraía. Es la muerte lo que sentía en mi latir. Siempre he creído que esta vida no valía la pena sin otra eterna en la que se pagaran los testines... Y en el azul del cielo he creído que encontraría esa vida justiciera... Largos noches y días he buscado y nada he hallado en su inmensidad... Ya sé el por qué del día y de la noche y el del sucederse de las estaciones. Y sé que un camino seguido siempre vuelve al mismo punto; porque la tierra es una esfera... Mas nada he hallado de esa vida que presiento. Y he sido constante porque grandes eran mis presentimientos... Y de esa constancia que sentía en mi pensamiento, nació una luz que se quedó en el cielo rojo de la tarde y hasta aquí me condujo... Y es grato el caminar bajo su resplandor...

—¿Acaso en ese saco que agobias tus espaldas, traes escritas tus observaciones sobre el cielo y el día y

la noche y el sucederse de las estaciones...?

—No es eso lo que ha encorvado mi cuerpo en el caminar desde mi lejano reino. Incienso traigo. Porque a su olor pienso mejor y reconcentro mi espíritu. Y porque su humo se eleva hasta el cielo luminoso a donde no llegan mis sentidos... Dolor grande sería para mí su pérdida...

Y he aquí que los tres sienten el cansancio del sueño en sus párpados y caen sobre las arenas del oasis...

Y allí estuvieron tres días. Y en la noche del tercero, el lucero que formaron los tres luceros, empieza a caminar lentamente. Y los tres caminan tras de su resplandor...

Largos días de duro andar que apenas se sienten. Arenas que se dejan atrás, árboles que se alejan, montañas que se pierden, ríos que se cruzan... ¿Cuánto tiempo así? Ni ellos lo saben, iluminados en su caminar...

Pero llegan a un poblado miserable, en el que las nieves se amontonan en las calles y el viento gira en las torres...

Y entonces el resplandor aumenta, y la nieve se funde, y se calla todo... Y una voz en las alturas les dice: «El hijo de Dios ha nacido pobremente en un establo... Y su mirada durará por siempre sobre la tierra, y serán redimidos los hombres de sus pecados con su sangre inocente... ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad...!»

Y los tres comprenden y lloran alegremente en su silencio. Y entran en el establo y se arrodillan calladamente ante el Niño Dios que sonrío dulcemente...

Y felices en su descubrimiento, le ofrecen sus tesoros: Oro del que aborreció las riquezas; mirra del que quiso saber el enigma de la vida y tuvo esperanza; incienso del que presintió la justicia divina y tuvo constancia...

Y le ofrecieron sus tesoros que llegaron de tierras lejanas. Porque grande es el poder de la divinidad y porque la esperanza la ilusión y la constancia les creó una luz blanca de dulzuras que los guió hasta la verdad...

P. P. A.